

— No es el viento, madre,
¿ No escuchas hablar?
— El viento que agita
las olas del mar.

— No es el viento. ¿ Oíste
una voz gritar?
— El viento que al paso
rompió algún cristal.

— Soy el Amor — dicen —
que aquí quiero entrar.
— ¡ Duérmete, hija mía !...
Es viento... no más !

ALMA INFANZONA

Para una novela de Isaac Muñoz

I

RETRATO

Tarde llegaste al mundo. Tu sueño odia el reposo ;
amas el fasto antiguo, la guerra y el amor,
y cruzas por la vida, callado y desdeñoso,
igual que un desterrado y noble emperador.

Tienes el gesto altivo del que perdió un Imperio ;
labios de César Borgia, pupilas de don Juan...
Surge tu busto heroico del fondo del Misterio,
como el claroscuro de un cuadro de Rembrandt.

De todas las bellezas, adora tu alma fuerte
la trágica y sangrienta belleza de la Muerte...
El águila bicéfala en tu aislamiento anida.

Ciña el laurel de Apolo tu altiva sien de Marte,
y ya que ser no puedas César Borgia en la vida,
serás el César Borgia dominador del Arte !

II

LOS LEBRELES

En el jardín patricio de tu alma infanzona,
bajo la sombra augusta de imperiales laureles,
se curvan como arcos, tres ágiles lebreles,
cuyas gualdrapas ornán un lis y una corona.

Son bellos como aquellos cuya altiva cabeza
muestra su perfil regio, bajo la blanca mano
del César, en los lienzos divinos del Tiziano,
iguales al gran Carlos en valor y nobleza.

Con raudas presas sueñan los ojos fulgurantes
y del sol á los besos, los músculos vibrantes
tiemblan bajo la seda suave de la piel,

como al tomar tu lírica ofrenda de violetas,
bajo el encaje antiguo, transparecen inquietas
las místicas palomas del seno de Isabel.

III

ISABEL

Entre el humo de oro de las viejas arañas
copia una cornucopia, en su cristal de ensueño,
el perfil de medalla y palor marfileño
de Isabel, que en el clave toca fugas extrañas.

En el sillón monástico, la noble y vieja tía
duerme, con el rosario de nácar en la mano...
Y persigue á una ninfa un joven dios pagano,
entre los verdes mustios de la tapicería.

Á Isabel galantea tu charla cortesana,
que en su cuadro comenta la irónica sonrisa
de aquel tu antepasado, señor entre señores,

á quien costó la vida, como á Villamediana,
mostrar en una justa real, como divisa,
un lis de plata, símbolo de sus regios amores.

IV

SARA

Pupilas fascinantes, para avivar las bramas
de los machos potentes; carne de tentación,
hecha para las rojas caricias de las llamas
de las santas hogueras de alguna Inquisición.

Cuentan hoscas beatas que en la noche te han visto,
de la agónica lámpara á la lívida luz,
embriagarte de sangre en las llagas de Cristo,
como una loba hambrienta mordiéndole en la cruz.

Á los que condenaron tu desnudez morena
por diabólica y pródiga, tu belleza condena,
con su recuerdo, á un bárbaro suplicio más eterno.

Y como tigre en brama, mas de un inquisidor,
quemándose en las llamas voraces del infierno,
aullará la lujuria, recordando tu amor!

V

LOS INFANZONES

Las nobles damas hablan; cabellos empolvados
manos áureas de anillos, senos blancos de encajes,
y armonizan las sedas ajadas de los trajes
con el damasco antiguo de los viejos estrados.

Evocan los saraos famosos de la corte,
entre risas y anécdotas. En la mesa de juego,
barajando las cartas, un abad mujeriego
relata su proezas en la guerra del Norte.

Mientras alguien al clave recuerda un minueto,
dos antiguos amantes murmuran en secreto :
— ¡Las mujeres de ahora! — ¡Oh, los hombres de hoy!...

Y la dama, al descuido, deja caer un guante,
y él se curva á cogerlo, con el gesto galante,
lento y ceremonioso de don Manuel Godoy.

VI

EN EL PANTEÓN

Aquí en gótico féretro, el noble polvo yace
de Alvar Fañez, el bravo compañero del Cid.
La cruz sobre la lápida, y el « Requiescat in pace »
escrito en caracteres de un bárbaro latín.

Otra tumba : de un joven guerrero que, en Granada,
cedió su potro al Rey y combatió de pié,
hasta caer herido por cien lanzas. Su espada,
mellada y herrumbrosa, sobre la cruz se ve.

Más allá duerme un santo, patrono de los Andes,
y un capitán famoso de los tercios de Flandes...
Isabel en tus brazos ofrenda su tesoro...

Y un féretro vacío aguarda en un rincón
tus despojos mortales. Dice, en letras de oro :
« Aquí yacen los restos del último infanzón. »

VII

EN EL CONVENTO

En la mística calma claustral, calladamente,
sientes que, gota á gota, se desangra tu vida,
como el hilo de plata de una trémula fuente,
bajo los cipresales de la tarde florida.

Todo calma. En el claro cristal del firmamento
sólo el aliento tibio de tus labios humea,
mientras el áureo anillo ciñe tu pensamiento
á los dedos nupciales de su esposa, la Idea.

Es un anillo de oro, hecho para las bodas
inauditas y eternas que habrán de fundir todas
las glorias del pasado con las glorias futuras.

Fué labrado en la mística calma conventual
por un buen monje artífice, cuyas pupilas puras
cegó la muerte mientras miniaba una inicial.

VIII

ISABEL ENFERMA

Isabel está triste, mirando el parpadeo
del sol que ataracea los verdores del prado,
y su perfil extático, sobre el balcón labrado,
recuerda al de Julieta esperando á Romeo,

Viene un olor de siembra de las tierras cercanas ;
el pavor del crepúsculo tiembla en la vidriera.
Isabel palidece, cual si en el aire oyera
un fúnebre tañido de remotas campanas.

Tiene el gesto de todas las místicas princesas
que mueren desangrándose por invisible herida.
Y al mirar que la noche se adueña de su traje

y la espuma en sus ébanos, tu evocas una de esas
visiones que, cual sombras, resbalan por la vida
para desvanecerse detrás de un cortinaje.

IX

EXALTACIÓN

Cabalgando en el potro salvaje del Instinto,
flotante la leonada piel y rota la brida,
como un Dios de la guerra, ebrio de fuerza y tinto
en sangre, tu ágil ímpetu tiraniza la Vida.

Embrazado el escudo y la espada en la mano
vas señalando un vértice; y defiende la pura
castidad de tu Ensueño tu orgullo soberano,
como una impenetrable y bárbara armadura,

Todo bajo el incendio de tu mirada brilla,
y por las desoladas estepas de Castilla,
entre nubes de polvo, tu heroico Ensueño avanza.

Y á los pies de tu potro, el dragón, en un lago
de sangre, yace muerto, herido por tu lanza,
como en los viejos lienzos del Apostol Santiago.

X

CARLOTA BORGIA

Tiene el perfil heroico, el labio adusto y fino,
voraces ojos negros sobre la tez de nardo,
que recuerdan los fieros ojos del Valentino
que laudó tantas veces el divino Leonardo.

Lo puro de sus líneas pide la blanca túnica
griega; sus nobles senos son albos y son duros
como un bloque pentélico, y su entraña es la única
capaz de prestar vida á los héroes futuros.

Es digna, por lo regio y altivo de su porte
de que entre el fasto heráldico de una espléndida corte,
el genio de Leonardo la pintase, sentada

sobre el trono de oro de un imperial salón,
acariciando ambigua, con su mano enjoyada,
las áureas y encrespadas melenas de un león.

XI

LA CACERÍA

Perfuma la mañana un olor á romeros.
Suena trompa de caza ; piafan los corceles;
y entre los matorrales, seguidos de monteros,
ladran, mientras rastrean sus presas, los lebreles.

Casacas escarlatas, pelucas de otros días...
y en tanto que los ágiles potros caracolean,
igual que en los tapices de regias monterías,
damas y caballeros amables galantean.

Entre nubes de polvo pasa la cabalgada,
y allá entre las neblinas de la verde hononada
se oyen bruscos ladridos y atruena el ¡alalí!

El sol dora las cumbres de los parduscos cerros,
y al pié de vieja encina, luchando con los perros,
enseña sus colmillos, sangrando, el jabali.

XII

ISABEL MUERTA

Cercando el catafalco, de negro terciopelo
blasonado de oro, las dueñas enlutadas,
por la doncella muerta piden, plañendo al cielo.
Flota un olor de viejas sepulturas cerradas.

En los altos blandones la cera se deshace;
y cien nobles doncellas, — son fijosdalgas todas, —
deshojan rosas blancas sobre Isabel, que yace
de blanco, sobre el féretro, como para unas bodas.

Un aullido de perros en la noche se advierte.
La luna, atravesando los cristales floridos,
deja un beso de plata sobre Isabel, dormida ;

y mientras plañe el trágico responso de la Muerte,
vosotros, en la sombra, con los labios unidos,
proseguís entonando la canción de la Vida.

PRELUDIOS

Á Enrique Deschamps.